



El autor cántabro Rafael Fombellida, que acaba de publicar nuevo poemario, ante la biblioteca de su casa en Santander. :: ANDRÉS FERNÁNDEZ

«Me niego a que el poema sea un galimatías, un arcano cifrado»

Rafael Fombellida Poeta El cántabro recorre los bordes de la vida en 'Violeta profundo', su nuevo poemario, que presenta hoy en la Librería Gil

ENTREVISTA

MARTA
SAN MIGUEL

Rafael Fombellida (Torrelavega, 1959) combate por una existencia rica en lo intelectual, honesta en lo moral e intensa en lo afectivo, un triple asalto en el que ningún puñetazo no tumba la única certeza posible: «Con la muerte tenemos la partida perdida de antemano». El peso de vivir y la inteligencia para hacerlo con toda la piel dispuesta aparecen desplegadas en 'Violeta profundo', el poemario editado por Renacimiento que se presenta hoy, viernes, en la Librería Gil de Santander, a las 19.30 horas, en

un acto que se suma a las celebraciones del Día del Libro en el que el autor compartirá protagonismo con los también escritores Carlos Alcorta y Javier Ménendez Llamazares. –'Violeta profundo' se mueve a caballo entre la reflexión y la emoción, ¿dónde está la frontera entre ambas realidades? –La frontera entre reflexión y emoción no está en parte alguna. Ambos son mecanismos de nuestra mente y en ella interactúan, interconectan, se solapan, se aúnan. En poesía, pensamiento y emoción son funciones irrevocables, funciones que comparten tanto el autor como los lectores. Yo creo en la poesía como acto mental con efecto iluminador, capaz de admitir el reflejo emocional, generalmente liberador e incontrolado, bajo el amparo del orden cognitivo, así como de generar impresión, conmoción y turbación en el lector sin dejar por ello de inducirle al pensamiento.

–La obra parece dividirse en dos asaltos: el combate de vivir y la lucha contra la muerte... ¿Dónde se erige su particular ring de boxeo? –El cuadrilátero es la vida del hombre, su combate por una existencia rica en lo intelectual, honesta en lo moral e intensa en lo afectivo. Objetivos complicados de lograr, como puedes ver. Cuando el desaliento o la adversidad cercan a esa existencia, la escritura tiene entonces una función salvadora, liberadora, catártica. El pugilato es dramático, suele acabar mal. Del combate de vivir se puede, como escribiera Rilke, salir airoso. La pelea con la muerte la tenemos todos perdida de antemano, bien a los puntos, bien por K.O. terminante.

La muerte

–La cercanía de la muerte en algunos versos como una presencia más real casi que la propia vida recupera uno de los temas eternos de la poesía, ¿cómo ha sido acercarse desde una experiencia tan personal a esta infinita materia literaria? –Desde luego aplicando un enfoque muy alejado del tópico literario. Cuando alguna circunstancia vital te sugiere que puedes morir y, además, en un plazo no demasiado largo, se activa la intuición de la muerte como una condición ineludible de la vida. No de un modo impersonal, sino muy cerca del 'Sein zum Tode' heideggeriano. Es entonces cuando surge un cierto deseo por completar la experiencia, el ciclo acabado del tránsito y su fin. De ahí el tono cortejador

«Creo en la poesía como un acto mental con efecto iluminador capaz de inducir al pensamiento»

de algunos poemas que galantean bizarramente a la muerte y le dan cita. Temblor y curiosidad ante una experiencia que es el límite de todos los límites; flirteo con una amante que con seguridad no va a esquivarnos. –Hay una apuesta constante en su obra por la poesía discursiva, ¿lo suyo es la prosa con un fino sentido del ritmo? –Me llama la atención que a algunos poetas les motejen, incluso como elogio, de 'narrativos'. No existe oxímoron más inoportuno. Mi elección poética es, en lo formal, la del texto transitable, de tono conversacional y dicción natural. Me niego a que el poema sea un galimatías, un arcano cifrado. Mi poesía se asienta en el ritmo clásico como catalizador y fluidificador de un discurso con sonido, sentido y recursos, definido por la imprevisibilidad de la mirada que lo genera. Esto no tiene nada que ver con la prosa. Cuando la prosa se contamina de metros clásicos, es mala prosa («prosa de poetas», dicen). Cuando la poesía carece de musicalidad, suele ser aún peor poesía. –¿Sigue mirando a Cernuda en su proceso creador? –¿Y cómo no mirarlo? Su formulación «La poesía es la fusión melódica de palabra, sentido y ritmo» es canónica. Otro rasgo admirable en Cernuda es su capacidad para explorar el conflicto personal y elaborarlo poéticamente. Cernuda no se deja nada fuera, amor, ilusión, tiempo y muerte, pero también rabia, frustración, soledad, celos. En todo caso, a

mi edad sigue siendo conveniente releer a Cernuda y a otros muchos maestros (Juan Ramón, Rilke, Brines...), pero la luz que hay que seguir es esa que uno mismo emite. –¿Cree que los escritores han dejado de mirar lo que hacen sus coetáneos? –Más bien al contrario, ciertos autores contemporáneos da la impresión de que sólo leen a sus coetáneos, y bien que se nota en su escritura. Bromas aparte, lo que digo no es del todo irreal. Existe una valoración del poeta demasiado parcial en España, en el doble sentido de que del panorama sólo se quiere conocer una parte, y es esa por la que se toma partido. Mucha gente tiende a creer que ha llegado al mundo en el momento esencial de la Historia en el que se va a renovar el lenguaje poético. Si tuvieran una mayor cultura lectora saldrían pronto del error.

Riesgo vital

–¿De qué adolece la poesía en estos tiempos más tecnológicos, enredados en la web y abreviados que nunca? –Decía Ortega que la cultura es el sistema vital de las ideas de cada época. El poeta, por tanto, debe estar a la altura de la nuestra. Pero nuestro tiempo no solamente es web, fragmentación, tecnología, superficialidad o frivolidad. Para un individuo consciente nuestra época es ruptura, malestar, conflicto, precariedad material y moral, inquietud o desengaño. Y riesgo, riesgo vital. Nuestro mundo ofrece al poeta multitud de opciones para desarrollar una poesía intensa, honda y compleja. Pero muchos autores se quedan en la fugacidad del fragmento, del fogonazo que es chispa, brasa y nada. –En ese insistente discurso sobre la falta de lectores de poesía, ¿qué papel cree que pueden jugar polémicas como la generada con el poema de Günter Grass sobre Israel? –Es bueno que el escritor se manifieste y escape de su anodamiento mercantil; que nos cuente su pensamiento y no sólo los libros vendidos. Es bueno que Grass diga lo que oportunamente le dicte su conciencia, incluso contracorriente como en su día hiciera Handke. Prefiero estas polémicas a aquellas escolásticas sobre el silencio o la experiencia. Es bueno también que alguien de tanto peso intelectual se manifieste contra la corrección política y lo estatuido a ese nivel en Occidente. El texto de Grass discutiblemente será un poema, pero es una confesión moral de ciudadano que dice su verdad y basta.